

RESEÑAS

ANRUP, Roland. *El taita y el toro: en torno a la configuración patriarcal del régimen hacendario cuzqueño*. Estocolmo, Departamento de Historia, Universidad de Gotemburgo e Instituto de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Estocolmo, 1990. 280 p.

Fruto del proyecto diseñado por el profesor Magnus Mörner sobre las relaciones sociales existentes en la estructura “tradicional” del régimen hacendario del Cusco, el Departamento de Historia de la Universidad de Gotemburgo (Suecia) ha publicado el trabajo del historiador Roland Anrup, con el coauspicio del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Estocolmo y del Instituto de Estudios Peruanos de Lima.

El trabajo se enmarca dentro de lo que se denomina historia de las mentalidades, para ésto, el autor —siguiendo la metodología propuesta por François Chevalier— centra su atención en ideologías, sistemas de valores, simbolismos, mitos, creencias, actitudes, rituales y fiestas, estados psíquicos, etc., en el funcionamiento de las haciendas cuzqueñas. Pero el autor también advierte cuáles son las limitaciones de esta forma de hacer historia —como lo reconoce Jacques Le Goff— al afirmar, por ejemplo, que no existe una mentalidad campesina, que los campesinos no constituyen un grupo homogéneo, así como tampoco existe un hacendado tipo ni una mentalidad hacendaria. Esto trae como consecuencia que hay una ambigüedad y diversidad que estos grupos sociales tienen en su forma de ver el mundo. Otro rasgo importante del trabajo es que no se ciñe a una narrativa ni se preocupa por comprobar tesis generales o ser tributario de la “gran teoría” (por ejemplo no encontramos esquemas sobre coyuntura, estructura, feudalismo o capitalismo), sino que, siguiendo la línea de Edward P. Thompson, la investigación histórica consiste

en un diálogo permanente entre el concepto y el dato empírico, diálogo llevado por hipótesis sucesivas, por un lado, e investigación empírica, por otro.

Lo anterior ha llevado a que el libro haya sido escrito de una forma muy particular. El autor no ha querido darle una perspectiva cronológica sino una organización temática, y los datos históricos (cronológicos) están en función de los problemas específicos a tratar. Así el estudio ha sido dividido en los siguientes temas: patriarcalismo y paternalismo; padre y patrón; casa y choza; capilla y carnaval; castigo y calabozo; y toro tótem. No encontramos cifras ni tablas estadísticas, por lo que su lectura es bastante ligera aunque se nota el buen manejo teórico interdisciplinario del autor; el trabajo en realidad es el resultado de varias perspectivas: histórica, antropológica, psicológica, sociológica, etc.

Otro rasgo importante son las fuentes que se han utilizado. En primer lugar los documentos reunidos por los propios terratenientes y la documentación pública que se encuentran en los archivos del Cuzco y Lima. Por otro lado las numerosas entrevistas que se realizaron (a parte de las charlas de tipo informal) con ex-colonos, ex-hacendados, funcionarios públicos, abogados y cuzqueños en general; pero la selección de los informantes se hizo siguiendo un doble criterio: el conocimiento directo del trabajo y la vida en las haciendas, por un lado, y las condiciones y voluntad para comunicarles sus experiencias. Pero las fuentes más interesantes (para entender las representaciones colectivas) fueron memorias, cuentos y novelas, diarios, discursos, periódicos, canciones, cartas, cuadros, imágenes, ceremonias y rituales. El autor rescata —y esto es remarcable— el valor de la literatura, en especial las obras de José María Arguedas, por su capacidad de captar el paisaje andino y la ideología de sus habitantes.

Para Roland Anrup, al analizar los vínculos afectivos y simbólicos entre los colonos y el hacendado, el paternalismo ocupa un lugar preferencial. El patrón de la hacienda pretende amar a todos sus súbditos, protegerlos y trabajar por su bien, pero esto requiere que sea aceptado sin cuestionamientos; él establece lo que está permitido, prohibido y obligado, además interpreta las conductas y los acontecimientos: es el depositario de la verdad. Habla desde lo alto y no admite discusiones. Para los trabajadores el patrón era fuente de admiración, respeto y temor, imagen que se les inculcaba casi desde la infancia, una relación de amor-odio, donde el compadrazgo era una herramienta para obtener una posición preferencial ante el patrón que supuestamente les resolvía todos sus problemas. Así la hacienda tenía una estructura familiar donde un

conjunto de sentimientos fuertes y complejos ligaban al hacendado con sus colonos.

A partir de esta ideología se elabora toda la vida al interior de la hacienda. Por ejemplo la arquitectura y distribución de la casa-hacienda era la expresión del poder del patrón, simbolizaba su fuerza y solidez, estaba construida para reflejar esa impresión, allí se veían las técnicas del señor para la vigilancia y el control de sus trabajadores. Dentro de ese espacio estaba la capilla para ofrecer a los colonos los servicios religiosos y con ésto se les apartaba de los pueblos vecinos para fijarlos definitivamente dentro de los límites de la propiedad.

Y como la hacienda tenía su propia capilla, allí se celebraba con gran pompa la fiesta del Santo Patrón. En este sentido las fiestas patronales se vinculan al culto religioso que tiene toda una significación para la reelaboración simbólica (ideológica y espiritual) del sistema hacendario. En este tema el autor —siguiendo a Mijail Bajtin— señala que las fiestas son también una válvula de escape, una liberación momentánea respecto del marco social e ideológico real, pero al mismo tiempo inofensiva para el orden establecido. Asimismo la fiesta, a pesar de sus elementos eclesiásticos, puede expresar una crítica a tal orden a través de sus formas carnavalescas, es decir, una sátira del mundo, cuyos aspectos grotescos quedaban subrayados para burlarse de ellos mejor. Por otro lado, dentro de la fiesta tenía un lugar importante la bebida. Los testimonios de embriaguez indígena no la consideran como un síntoma de amoralidad o de destrucción, ya que el consumo está ligado al culto religioso; el beber no era una forma de “evasión” social, sino una forma de cohesión comunitaria.

Dentro de este mundo hacendario el castigo era otro elemento central. Este poder no vacila en ejercerse directamente sobre los cuerpos y es exaltado en sus manifestaciones visibles. Ya que es un poder que se sustenta en una serie de obligaciones y reglas en forma de servicios personales, el incumplimiento constituye una forma de servicios personales, el incumplimiento constituye una ofensa que necesita venganza, es el primer signo de rebelión. En este contexto la tortura y el calabozo responden a todo un ritual, elementos de la liturgia del castigo que tiene rasgos ejemplificadores ante los demás.

Finalmente el autor señala algunas acciones simbólicas que asumieron los campesinos cuando la Reforma Agraria. La más notoria es cuando los excolonos mataban y comían en distintas haciendas al único o mejor semental.

Este hecho demostraría la ambigüedad efectiva frente al patrón, su odio y su respeto, su deseo de matarlo, de eliminarlo para sacudirse de su poder tiránico. Luego después de haberlo suprimido era posible ser como él, suplantarlo. Este sacrificio e ingestión del toro podría verse como un paso en el tránsito de las relaciones del viejo régimen de la hacienda —con todos sus contenidos— a las nuevas formas sociales abiertas por la Reforma, una especie de “normalización” de la realidad psico-social del grupo.

Lógicamente el libro contiene más temas de los que hemos señalado quizás arbitrariamente, pero su lectura es obligatoria para aquellos que se interesan por conocer las mentalidades en un país como el Perú, caracterizado por su diversidad étnica y regional, donde éstas representaciones colectivas tienen particular importancia en la vida cotidiana de sus habitantes. Lamentablemente el libro ha sido publicado en el exterior, así que su difusión en nuestro país va a ser muy restringida. Todos conocemos la carencia de una política editorial para poner al alcance de los investigadores nacionales los últimos y numerosos avances realizados por estudiosos extranjeros sobre nuestra realidad; habrá que esperar.

Juan L. Orrego P.

DEMELAS, Marie-Janielle e Yves SAINT-GEOURS. *Jerusalén y Babilonia: religión y política en el Ecuador, 1780*. Quito: Corporación Editora Nacional, 1988. Traducido del francés. 222 p.

A primera vista el título de esta obra no parece el más apropiado para un estudio sobre un país andino. Sin embargo, como Saint-Geours y Demelas, dos investigadores con larga experiencia en las repúblicas andinas, demuestran, la tensión entre “Jerusalén” y “Babilonia” constituye un tema central en la historia de Ecuador. Inclusive, el concepto mismo es de Eugenio Espejo, el eminente hombre de letras y ciencia de fines de la época colonial. Aunque Espejo se consideraba a sí un hombre del siglo de las luces, no obstante, como muchos americanos, sentía reparos frente a ciertas corrientes ilustradas en Francia, sobre todo la crítica a la religión. Para él, “Jerusalén” representa la sociedad basada en la religión y en el respeto a las personas; “Babilonia”, en cambio, representa la sociedad sin religión y sin valores tradicionales. Es decir, la Francia de la Revolución.

Los dos autores sitúan a Ecuador en el marco de una sociedad premoderna, hispánica y corporativa. Pero tampoco fue una mera réplica del